

RAMIRO MATAMOROS EL REY DE LAS CARRERAS POPULARES

JOSÉ A. GARCÍA



El atleta del pueblo

Ramiro Matamoros fue el dominador de las carreras populares en España durante casi tres décadas. Era un atleta aficionado, pero se codeó con la élite: tiene una vida de libro

ROBERTO PALOMAR

A Ramiro Matamoros ya no le caben más kilómetros en el cuerpo. Durante tres décadas fue el Rey de las Carreras Populares. Sobre todo, en la Comunidad de Madrid. En las carreras de fondo, de los 10 kilómetros al maratón, los populares se abrían como las aguas del Mar Rojo cuando el menudo atleta llegaba a la línea de salida. Le hacían pasillo. “¡Dales caña, Ramiro!”. Los corredores aficionados se sentían representados por él. Un tipo normal, de barrio, de la calle, con su trabajo de 12 horas a bordo de su furgoneta como repartidor de patatas fritas Matutano. Un esforzado del asfalto que daba para el pelo a los corredores de élite. Ya podían venir de cualquier parte del mundo que allí estaba Ramiro para dejar bien alto el pabellón del atleta mundano. Del tipo que comía de menú entre reparto y reparto, que entrenaba a deshora y que se cosía las zapatillas a principios de los 70, cuando no existía el running ni el lujo de un calzado al alcance de cualquiera.

Con sus siete victorias en la San Silvestre Popular, con sus triunfos en los maratones de Madrid y Valencia, con sus 20 conquistas encadenadas en alguna de aquellas temporadas que le dejaban anémico, exhausto, lo normal era encontrarse a Ramiro en el bar más cercano a la meta. Porque el vermouth, ganara o perdiera, no lo perdonaba. Con él no iban los principios elementales de la dietética. Hoy, alejado de las carreras con dorsal y con 62 años, no se arrepiente de nada. Al contrario: “Me lo he pasado muy bien. He disfrutado mucho. Eso es lo importante. Mucha gente me pregunta qué hubiera sido de mí como atleta si hubiera entrenado en condiciones y hubiera llevado la vida de un profesional, pero no quiero saberlo. Mi trabajo y el bienestar de mi familia estaban en la furgoneta. Yo, lo de correr sólo lo quería para divertirme. ¿Que iba rápido? Me salía sólo. No me costaba. Tenía facilidad. Eso sí, me picaba con todo el mundo”.

Sólo hay dos cosas de las que se arrepiente Ramiro. Una tiene que ver con el atletismo. La otra, con la vida: “Me pesa no haber tenido estudios, no haberme podido formar. Hoy miro a mi hija, que habla cinco idiomas y lo maneja todo y claro...”. Lo otro es no haber encontrado quien le enseñara un método, quien le informara de lo que mejor iba a su cuerpo: “He hecho auténticas barbaridades. He entrenado como una bestia. Algunos días, sin comer o comiendo de mala manera. ¡Menudas anemias me pillaba! Me he metido kilometradas que no puede ser. Si yo hubiera tenido alguien cerca, no me hubiera lesionado tanto. Había días que me levantaba cojo, con dolores. He ganado pruebas en las que corría con un pie, porque el otro no podía apoyarlo”.

Por eso se dedica a intentar que los demás no cometan ahora aquellos pecados con los que la juventud, la sana ambición y la falta de información de una época en la que “corríamos cuatro gatos por la calle” dejaron huella en su cuerpo. Entrena en el club de atletismo Clínicas Menorca y lleva a todo tipo de atletas, incluido un grupo de mujeres que han padecido cáncer. Una pequeña marea rosa de la que habla con orgullo: “Algunas no han corrido jamás. Y ahora corren o andan o hacen lo que pueden. Pero ahí están. Son un ejemplo”.

Porque Ramiro ni siquiera se considera entrenador: “Yo soy aconsejador. Tengo experiencia y sé perfectamente lo que puede sentir un atleta, sea popular o tenga calidad.

Además, tengo comprobado que, si no me hacen caso, no les salen sus marcas. Tienen que hacerme caso. Yo sé cómo se sienten. Y lo primero que les aconsejo es que corran para disfrutar, que no se lesionen y que no se metan aquellas palizas que yo me metía”.

Él mismo, ya prejubilado, mata el gusanillo en la pista: “Es que casi no tengo días libres. Estoy dos días con los atletas, otros dos con las mujeres, otro lo aprovecho para jugar al golf y los domingos voy a las carreras. Aprovecho también para correr media horita, porque no quiero engordar, o hago algo de bicicleta. Los tendones no me dan para más”.

Así que decir que la vida de Ramiro Matamoros daría para un libro no es sólo una forma de hablar. Su hija, periodista de profesión, consideró que era un periplo vital que merecía ser contado y lo ha recogido en un volumen que hará las delicias de los aficionados a las carreras populares y también de los corredores de élite. Porque en la obra están recogidos testimonios de los grandes de nuestro atletismo, como Martín Fiz o Fabián Roncero. “Alguna carrera les he ganado a esos monstruos”, recuerda Ramiro.

Un libro rico en detalles y anécdotas, como los 45 días de permiso que consiguió en la mili a base de ganar medallas o su victoria en el maratón de Valencia, remoloneando con los atletas extranjeros que iban en cabeza y a los que limpió en un sprint de 500 metros: “Me decían que pasara a tirar del grupo y yo les decía que ‘tururú’. Yo iba cómodo y cuando vi la meta ya no miré para atrás”.

Hoy, Ramiro Matamoros sólo mira para atrás para recordar lo feliz que ha sido corriendo: “¡Qué bien me lo he pasado!”. ●

“

Me pasaba 12 horas en la furgoneta, repartiendo patatas, y luego me iba a entrenar, comiendo mal o como fuera”

RAMIRO MATAMOROS
Atleta

UNA OBRA QUE ES EL RELATO DE UNA ÉPOCA FELIZ

Escrito por la periodista Itziar Matamoros, la hija de Ramiro, el libro ‘Con los pies sobre el asfalto’ no es sólo el relato de la vida y milagros del atleta. Es también el retrato de una época que resultará muy familiar para los miles de aficionados que empezaron a correr cuando el ‘jogging’ o el ‘footing’ o el hoy llamado ‘running’ era una práctica incipiente. El libro describe el ámbito rural del que procede Ramiro, el pueblo abulense de Navarrevisca, y también el Madrid en tonos grises de la Transición, hasta los trazos en color de la Movida.

